

para remediar tantos males. Los que sólo se conmueven cuando la prensa narra la muerte de un zar ó un gran duque, podrán ver todo el horror de las ejecuciones en masa, de los asesinatos gubernamentales.

No se puede leer este libro sin apasionamiento; se siente con frecuencia humedecerse los párpados, y, en nuestra platónica compasión, cabe el parodiar la frase de la sultana mora al ver una lágrima en los ojos de Boabdil cuando abandonó á la sin par Granada.

CARMEN DE BURGOS SEGUÍ.

Venecia 1.º de Julio de 1906.

DIEZ Y SEIS AÑOS EN SIBERIA

CAPÍTULO PRIMERO

Partida para Alemania.—Arresto en Friburgo.—Antecedentes revolucionarios

A principios del mes de Marzo de 1884 me trasladé de Zurich á Friburgo, en el gran ducado de Badén, pasando por Basilea, con objeto de introducir de contrabando por este lado de la frontera una parte de las publicaciones socialistas rusas impresas en Suiza y hacerlas llegar secretamente á Rusia, donde estaban prohibidas.

La ley de excepción contra la democracia social era severísima entonces en Alemania; el *Sozial Demokrat* se publicaba en Zurich y se hacía también necesario pasarlo de contrabando. La vigilancia de la frontera, muy rigurosa, dificultaba que llegasen á Rusia los libros rusos, polacos y otros escritos revolucionarios que aparecían en Suiza. Antes de ponerse en vigor la ley de excepción, es decir, hasta el otoño de 1878, los procedimientos de expedición eran sencillos: las publica-

ciones se enviaban por el correo á una ciudad de Alemania, vecina á Rusia, y de allí se introducían, por un medio ó por otro, en el imperio.

Pero desde esta época, libros y periódicos debían ser conducidos por los viajeros hasta más allá de la frontera alemana, de modo que escapasen á la vigilancia de la Aduana, y después se les expedía á la frontera rusa desde una ciudad cualquiera del imperio alemán.

Yo había sido encargado de uno de estos transportes.

Mi equipaje consistía en dos grandes cajas á medio llenar de libros, por entre los que coloqué mis trajes de manera que pudiera burlar la vigilancia de los aduaneros. En uno de los cofres había puesto mi ropa y mis trajes de hombre, y en el otro vestidos de señora, como si perteneciesen á mi esposa, que en realidad no existía. Esto era debido á que en Basilea una dama asistió al registro de la Aduana; la esposa de mi amigo Axelrod, de Zurich, ella misma se había ofrecido á acompañar los equipajes, porque en caso de que la policía sospechase, estaba menos expuesta que yo á un disgusto grave. Pero como la visita pasó de la mejor manera del mundo y yo no preveía grandes dificultades, no acepté su ofrecimiento.

Además de madame Axelrod, me acompañó á la estación un socialista suizo, monsieur G..., y me daba informes precisos sobre los medios de cumplir la peligrosa misión que me fuera confiada. El tenía una gran experiencia en estas cosas, porque había efectuado numerosos transportes; algunos días antes hizo, por mi recomendación, el viaje á Friburgo con un polaco, muy conocido bajo el nombre de Yablonski, y desde allí efectuó varios envíos de libros polacos.

En el momento de despedirnos, G... me indicó en Friburgo un hotel económico, cerca de la estación, y subí de bastante buen humor en una vagón de tercera clase.

Era domingo. El departamento estaba lleno de gente que iba al campo con toda la alegría de un día de fiesta; cantaban y poblaban el aire de voces y gritos. El revisor del tren (como he tenido ocasión de verlo con frecuencia en los caminos de hierro alemanes) era un señor bastante grosero, poseído del sentimiento de su importancia.

Notó que yo fumaba, y me dijo con bastante rudeza que aquel compartimento no era de fumadores.

Le respondí políticamente que no había visto el letrero y apagué mi cigarrillo, declarando que no fumaría más en todo el viaje. Pero el buen hombre insistió de una manera perentoria intimidándome á cambiar de compartimento.

—Mal presagio—me dije, y este recuerdo me ha quedado siempre en el espíritu.

Estaba furioso; el tiempo se ensombrecía, una lluvia menuda empezó á caer, contribuyendo á ponerme más excitado.

Durante este tiempo el tren corría, y antes de que hubiese recobrado mi humor habitual, llegamos á Friburgo. Era entre siete y ocho de la noche.

Apenas salté sobre el andén, busqué al mozo del *Freiburger Hof* y le confié los bultos y mi talón de equipaje. El notó inmediatamente el peso extraordinario de las cajas y me demostró su sorpresa.

Para alejar toda sospecha tomé el aire más natural, y le dije que llevaba muchos libros por-

que iba á seguir en calidad de estudiante los cursos de la universidad de Friburgo.

Nos fuimos en seguida al hotel, tomé una habitación y bajé á comer al restaurant. Al pasar por delante del buffet oí al mozo en conversación muy animada con otro individuo, probablemente el hostelero. Apenas había acabado de comer, un criado me presentó el «libro de extranjeros»; como iba provisto de un pasaporte ruso que uno de mis amigos me había prestado por precaución, me inscribí sin vacilar con el nombre de Alejandro Buligin, de Moscou.

En seguida pedí recado de escribir y subí á mi cuarto, pero apenas cerré la puerta detrás de mí sentí llamar.

—Entrad—dije.

Detrás del criado que esperaba apareció un *schutzmann* (gendarme) acompañado de otro señor.

—Soy un funcionario de la policía secreta— me dijo;—permítame usted registrar su equipaje.

Como Friburgo está cerca de la frontera Suiza, pensé que la policía, á quien el mozo del hotel había ido á anunciarle la llegada de un joven con un equipaje extraordinariamente pesado, pudo creer que se trataba de un contrabandista ó tomarme por un anarquista sospechoso de llevar dinamita. Yo trataba de disimular, aunque comprendía que las cosas iban á tomar mal giro.

Abrí las cajas sin hacerme rogar, diciendo que una de ellas pertenecía á mi esposa, la cual vendría pronto á buscarme.

Desde que aquellos individuos empezaron á registrar mis efectos conocí que mis suposiciones eran falsas. El policía no se preocupaba ni de contrabando ni de dinamita, sino de los libros, y se puso á examinar los míos, buscando los perió-

dicos y grabados alemanes relativos á las cuestiones socialistas. Al ver un librito de cubiertas rojas exclamó con aire triunfante:

—¡Ah! ¡Ah! ¡Aquí lo tenemos!

Era el *Almanach de la Narodnaja Volja*, una obra publicada un año antes y que se vendía públicamente en todas las librerías de Alemania.

—Ahora es preciso que lo registre— me dijo el agente secreto.

Además de un carnet, una carta y una cartera, conteniendo algunos centenares de marcos en billetes del banco, yo tenía en los bolsillos una docena de números del *Sozial Demokrat*, de Zurich, para enviárselos á uno de mis amigos rusos que se hallaba en Alemania.

—¡Ah! ¡He aquí un periódico que puedo leer!— exclamó con aire de júbilo el agente secreto en seguida que hubo echado una ojeada al título.— Ahora queda usted detenido.

—¿Por qué? ¿Cómo?—pregunté yo admirado.

—Lo sabrá usted bien pronto. Sígame.

Esa fué toda la respuesta.

La actitud de los agentes era muy extraña. No se preocupaban de obedecer las prescripciones legales; el registro en mi casa se había llevado á cabo sin ningún mandato judicial; ningún testigo estuvo presente y ninguna pregunta me fué hecha. Yo tenía derecho á que al menos contasen en mi presencia la cantidad que se encontraba en la cartera que me había sido confiscada, si bien esto no era suficiente para garantizar la propiedad de mi dinero.

Cuando yo descendía la escalera del hotel prisionero entre estos dos «ángeles de la ley», se presentó una señora joven con un saquito de viaje en la mano.

El agente secreto me preguntó si era mi esposa, y á pesar de mi negativa se acercó tratando de sujetarla; la dama cree habérselas con un Don Juan y escapa á la calle dando grandes gritos. El agente secreto me confía á un gendarme y echa á correr detrás de la desconocida.

El *schutzmann* quería agarrarme del brazo y conducirme así á través de las calles, pero yo protesté vivamente contra semejante procedimiento, declarando que no era un criminal y no tenían motivo para tratarme de esta suerte.

Llegamos á la prisión preventiva de Friburgo. Allí fui de nuevo registrado, y por la primera vez, después de mi arresto, un empleado me dirigió preguntas acerca de mi identidad personal.

El agente secreto no tardó en reaparecer acompañado de la señora, que vertía abundantes lágrimas, y con los signos de una violenta indignación preguntaba por qué se le hacía semejante insulto. Esta escena, después de cuanto acababa de suceder desde mi llegada á Friburgo, hizo estallar mi cólera.

—¿Qué significa esto?—pregunto al oficial de policía.—¿Por qué motivo se trata así á esta señora? Repito una vez más que no la conozco, que no es mi mujer y que no la he visto en mi vida.

—Bien, bien; eso se verá más tarde. Es asunto mío, del que usted no debe ocuparse. Queda usted arrestado.

—Es sorprendente—pensaba yo;—se diría que estamos en Rusia.

Al cabo de un momento se me ordenó seguir á un vigilante, el cual me condujo al primer piso; hizo girar la cerradura de la puerta de una celda, y quedé encerrado en la prisión del gran ducado de Badén.

Así que el guardián se hubo alejado con su linterna, me encontré en una soledad profunda y en un silencio absoluto. El reglamento de la prisión prohíbe toda luz en las celdas y en los corredores. Me orientaba lo mejor posible tentando los muros con la mano, y cuando encontré el lecho me dejé caer en él vestido. El caos reinaba en mi cerebro, no podía formar idea clara de todo lo que acababa de suceder. La fatalidad se abatía sobre mí; horribles temores no me dejaron reposar en toda la noche. A cada instante me arrancaba de mi soñolencia sin poder comprender dónde estaba ni lo que me había sucedido. Al fin pude darme cuenta exacta de la situación, una terrible sospecha me asaltaba; podía ser conducido á Rusia, y desde el primer momento tuve esa certidumbre. Es cierto que no existía tratado de extradición entre Rusia y Alemania para los refugiados políticos y no tenía motivos de temer esta complicación, pero para poner al lector al corriente de mis preocupaciones, es preciso que le dé algunos detalles de mi pasado.

*
* *

Cerca de diez años antes de los hechos que acabo de contar, en 1874, era un muchacho de diez y nueve años y estaba afiliado al movimiento llamado *de propaganda* que, en esta época, tomó gran incremento entre toda la juventud de todos los centros docentes de Rusia. Como la mayoría de los nuevos propagandistas, había tomado esta resolución movido por la gran piedad que me inspiraban los sufrimientos y las privaciones que padece el pueblo ruso.

Además de este sentimiento, es un deber sagrado, para todo hombre de honor que ama sin.

ceramente á su país, emplear sus esfuerzos en librar al pueblo de la opresión económica, de la esclavitud y del estado de barbarie en que se le tiene. La juventud, que á causa de su sensibilidad más viva es susceptible de compartir las miserias de los demás, no puede quedar indiferente delante de la situación lamentable en que han caído los siervos.

La revolución social de la Rusia parecía á los jóvenes propagandistas el solo medio de modificar radicalmente la suerte del pueblo y aliviarlo del fardo de su miseria.

Siguiendo el ejemplo de los socialistas de la Europa occidental, perseguían como ideal la abolición de la propiedad privada y la organización de la propiedad común en todos los medios de producción. Los propagandistas estaban persuadidos de que el pueblo se adheriría inmediatamente á su programa y se uniría á ellos al primer llamamiento.

Esta convicción les inspiraba un entusiasmo ilimitado, impulsándoles á sacrificarse en aras de la idea que les poseía por completo.

Jóvenes de ambos sexos no vacilaban un instante en renunciar á la alta posición social y al porvenir brillante que les estaba asegurado; sin detenerse á pensarlo abandonaban los establecimientos de educación, rompían los lazos de familia que les sujetaban, se sentían prontos á todos los sacrificios para servir la causa sagrada del pueblo. Ante este alto pensamiento se borraban todas las consideraciones personales.

Los propagandistas tenían un mismo fin, un mismo entusiasmo; formaban una sola y gran familia, sin reconocer más lazos que los del corazón. Estaban dominados por el amor al prójimo

y por el deber de sacrificarse por él. Ni aun en la época del martirio de los primeros cristianos, en el momento de la persecución de las sectas religiosas, se ha encontrado entre los prosélitos de una idea tanta afección, tantos sentimientos elevados, y á pesar de todo, en esta tropa elegida (como en casi todos los movimientos populares) había naturalezas que no estaban prontas para semejantes pruebas, hombres faltos de valor y hasta, diremos la palabra, traidores. Estos fueron, es cierto, en pequeño número, pero la historia de los movimientos revolucionarios nos muestra hasta la evidencia, nos prueba sobradamente que ciertos agentes secretos ó públicos del gobierno, escogidos entre los más hábiles, se mezclan á todo partido que se desenvuelve.

La felonía no partió de los propagandistas rusos, y la presencia de ciertos falsos hermanos imprime al movimiento un carácter que no tendría jamás sin ellos.

En la primavera de 1874, los propagandistas, conforme á sus planes, se vestían como los aldeanos y habitaban en las aldeas para propagar las ideas socialistas; entonces empezaron á hacerse sentir algunas detenciones. Dos ó tres de los conjurados denunciaron sus planes y entregaron á las autoridades centenares de sus camaradas.

Las pesquisas domiciliarias y los arrestos se hacían en masa; los gendarmes cayeron sobre los inocentes como sobre los culpables; todas las prisiones de Rusia estaban llenas de detenidos.

En un solo año millares de personas fueron encarceladas. Un gran número permanecieron presos, muchos se suicidaron, otros perdieron la razón, y una buena parte, á continuación de estos arrestos, cayeron enfermos y no tardaron en su-

cumbir. Se puede comprender qué odio tan formidable, después de tan crueles pruebas, brotaría en las filas de los socialistas contra los traidores, cuyas denuncias habían costado tantas existencias humanas; las desgracias de sus amigos les impulsaban á la venganza. Era necesario perseguir á los traidores, impedirles continuar más tiempo su obra; pero los propagandistas eran en alto grado pacíficos, y al cabo sus resoluciones violentas quedaron en proyecto, sin decidirse á ponerlas en ejecución.

Durante el verano de 1876 las llevaron por primera vez á la práctica. Las circunstancias fueron entonces las siguientes:

Se habían reunido en Elisawetgrad los miembros de un grupo revolucionario intitulado «Los voluntarios de Kiew». Yo pertenecía también á esta sociedad, y todos sus miembros estábamos «fuera de la ley». La policía realizó muchas prisiones por los datos que le proporcionara el traidor Gorinowitch.

Este Gorinowitch fué preso en 1874, se encontraba seriamente en peligro y pensó en salvarse denunciando todo lo que sabía de los socialistas. De este modo logró, en efecto, ser puesto en libertad. Sus revelaciones fueron fatales para muchos, pero no hubieran costado un solo cabello á este renegado, como á tantos otros, si á partir de ese momento no reapareciera en los círculos revolucionarios, mas dos años después de estar libre buscó de nuevo afiliarse entre nosotros.

Entró en relaciones con algunos jóvenes sin experiencia, completamente ignorantes del papel que había jugado antes, y supo por ellos que la sociedad de Kiew se encontraba en Elisawetgrad, pensando sin duda informar á las personas ante

quienes nos denunció otras veces; por suerte fué reconocido, y comprendimos que debía premeditar una nueva traición.

Uno de mis camaradas y yo decidimos deshacernos de él, mas no podíamos ejecutar nuestro proyecto en Elisawetgrad mismo por no poner á la policía sobre la pista de nuestra sociedad. Invitamos á Gorinowitch á venir con nosotros á Odesa: allí era precisamente donde debía encontrar las personas que buscaba, y consintió en acompañarnos.

Nuestro plan era que mi amigo asesinara al miserable en cualquier punto apartado de Odesa, y para que no pudiese ser reconocido el cadáver, desfigurarle el rostro con ácido sulfúrico. A los primeros golpes tuvimos á Gorinowitch por muerto, cuando sólo había perdido la razón, de modo que pudo volver á la ciudad é informar á la policía del atentado de que fué objeto.

Arrestos y persecuciones se multiplicaron, y me vi obligado á ocultarme; pero en el otoño del año siguiente fuí preso con tres compañeros á causa del famoso proceso de Tchigirin. Fuimos encarcelados en la prisión de Kiew, de donde pudimos escaparnos en la primavera de 1878 acompañados de Stefanowitch y de Bochanowski.

El proceso de todos los comprometidos en el atentado contra Gorinowitch comenzó en Diciembre de 1879, cuando reinaba el terror rojo y el terror blanco.

Después de una larga serie de atentados contra diferentes representantes del gobierno, los revolucionarios reconcentraron todos sus esfuerzos en un solo fin: asesinar al zar Alejandro II.

La administración rusa combatía el movimiento terrorista por las leyes de excepción, los tor-

mentos y las condenas á muerte; un gran número de personas que no habían tenido parte en estos acontecimientos sufrieron persecuciones.

Algunos días antes de comenzar el proceso por el asunto de Gorinowitch, los terroristas habían hecho saltar un tren de la línea de Moscou el 19 de Noviembre, suponiendo que el zar viajaba en él.

Este atentado decidió al gobierno á tomar rigurosa venganza de los comprometidos en el asunto de Gorinowitch. Entre ellos uno solo había tomado parte directa en los acontecimientos; los otros estaban ya arrestados dos ó tres años antes de que estallase el movimiento terrorista y no podían, en consecuencia, ser responsables de esta agitación. A pesar de eso, se resolvió hacer un ejemplar: tres de los acusados, Drebjasgin, Malinka y Maidanski fueron sentenciados á garrote y se les ejecutó el 3 de Diciembre; á dos de entre ellos, Kostjurin y Jankowski, los condenaron á trabajos forzados, y el traidor Krajew recibió el pago de su traición.

Si hubiera estado en poder de los jueces, pronto se habría decidido mi suerte; pero al comenzar el año 1880, yo me refugié en el extranjero y permanecí en Suiza hasta el día de mi viaje y de mi arresto en Friburgo.

Se puede juzgar por lo expuesto los pensamientos que haría nacer en mi espíritu la posibilidad de mi extradición á Rusia.

CAPÍTULO II

**La causa de mi arresto.—El profesor Thun.—Mi defensa.
Plan de evasión.—El procurador.**

En Alemania, país constitucional, la ley dice «que nadie puede estar arrestado más de veinticuatro horas sin ser sometido al interrogatorio de un juez». Como yo era extranjero, se creyó que no rezaba conmigo esta prescripción, y transcurrieron dos días sin que compareciese ante un juez.

Después que éste me dirigió las preguntas habituales respecto á mi nombre, mi domicilio y mi profesión, me dijo que «dada mi calidad de extranjero, mi identificación no había sido aún establecida». Debía, pues, continuar preso. Podría —añadió—«protestar contra esta decisión, pero eso no me serviría de nada», y, en efecto, mi apelación fué rechazada.

Yo no sabía después del interrogatorio más que antes respecto á las razones de mi arresto, y continuaba haciendo mil conjeturas. La incertidumbre es uno de los tormentos más crueles que pueden sufrir los prisioneros. En mi situación, la incertidumbre me causaba los más penosos presentimientos.

No volví á ser llamado ante el juez hasta los tres días después de mi primera comparecencia,

tres días que me parecieron interminables. Así que hube respondido á las preguntas habituales acerca de mi persona, el magistrado me interrogó si conocía la causa de mi arresto, y después de mi contestación negativa, me dió las siguientes explicaciones:

Algunos días antes de mi llegada á Basilea, dos individuos habían venido á Friburgo, el socialista G... y el polonés Sablonski; descendieron también en el hotel *Freiburger Hof*, y llevaban igualmente libros en sus bagajes. Estos libros los habían expedido inmediatamente á Breslau, dirigidos á un individuo que tres días antes fue arrestado, en virtud de la ley contra los socialistas. A consecuencia de este arresto, los paquetes postales cayeron en manos de la policía, y encontraron en ellos proclamas socialistas escritas en polaco, que estaban prohibidas en Alemania.

Los expedidores habían dado como dirección el *Freiburger Hof*, los impresos se enviaron á Friburgo, donde se abrió una instrucción judicial contra ellos, dando orden al propietario del hotel para que en el caso de que los mismos individuos ú otras personas sospechosas llegasen de Suiza, advirtiéndose en seguida á la policía. He aquí la causa de que el criado del hotel, de acuerdo con el propietario, me denunciara é interviniese la policía.

Entre mis libros, el agente había encontrado uno que se asemejaba en la cubierta á los hallados en los paquetes expedidos á Breslau, el *Almanach de la Narodnaja Volja*, y esto le pareció indicio suficiente para justificar mi arresto. Se me acusaba de estar de acuerdo con las otras personas culpables de propagar los libros polacos prohibidos en Alemania.

No era difícil deshacer esta acusación; entre mis libros no había ninguno polaco, ni un solo escrito prohibido en Alemania. La posesión de algunos ejemplares del *Sozial Demokrat* no implicaba ninguna infracción de la ley. La instrucción se reducía á averiguar si yo estaba de acuerdo con las personas acusadas y si había procurado introducir en Alemania obras prohibidas.

Sólo el azar ocasionó mi arresto.

—Si usted no hubiera descendido en el *Freiburger Hof*—me dijo el juez,—nadie hubiera jamás pensado en detenerlo.

Esto me dió nuevo valor.

—No está todo perdido—pensaba—y recobraré bien pronto mi libertad, con tal de que no inter venga el gobierno ruso.

Tales reflexiones me entretenían en tanto que el juez de instrucción redactaba el proceso verbal de mi interrogatorio.

Después, designando á un señor sentado cerca de una mesa, el magistrado me dijo:

—He aquí un intérprete que ayudará á usted en su asunto; es un profesor de nuestra Universidad.

¡Yo no creía á mis ojos!

Durante el interrogatorio, había mirado vagamente á este caballero, pero en aquel momento lo reconocí y su presencia me causó una turbación profunda.

—Puede usted hablar en ruso con el señor profesor—concluyó el señor Leiblein, el juez de instrucción, pasando á una pieza vecina para buscar unos papeles.

—¿Me reconoce usted?—me dijo el intérprete volviéndose hacia mí.

—¡El profesor Thun!—grité yo sorprendido en el más alto grado.

—Sí, soy yo. ¿Estoy tan cambiado que no me ha conocido usted antes?

Y sin esperar mi respuesta añadió:

—Vea usted en qué puedo serle útil.

—¿Sabe usted bien quién soy?—le pregunté sintiendo un frío glacial en todo el cuerpo.

—Sí, sí, conozco su verdadero nombre; pero no tiene usted motivo de temblar por eso; se ha puesto usted pálido.

En realidad esta revelación me causaba un pavor extraordinario.

Había conocido al profesor Thun cerca de diez y ocho meses antes de los acontecimientos que he contado. Fué en Basilea, donde yo fuí á habitar cerca de los refugiados de la colonia rusa; me hice inscribir en la Universidad y seguía los cursos de economía política y de estadística que explicaba el profesor Thun.

Uno de los jefes del partido obrero, Karl Moor, me presentó al profesor, el cual me tenía por un simple estudiante ruso; no me conocía por mi verdadero nombre, sino por el de Nicolás Tridner, que yo usaba entonces.

Me recomendó que fuese á verlo de tiempo en tiempo, y me hablaba del proyecto de escribir la historia del movimiento revolucionario en Rusia. Yo había ya oído hablar de este proyecto, motivo que me atrajo en gran parte á Basilea.

El profesor Thun había nacido á las orillas del Rin, hizo sus estudios en la Universidad de Dorpat y fué después á pasar algunos años en el interior de la Rusia. Conoció en nuestras conversaciones que la historia de los movimientos revolucionarios de mi país no me era desconocida y me propuso ayudarle en su trabajo, lo que acepté, naturalmente, con la alegría y el entusias-

mo de ocuparme de una cosa á la que estaba tan intimamente unido.

De esta suerte empecé á conocer la opinión del profesor Thun á propósito de los terroristas rusos y de sus partidarios. Les condenaba sin apelación. Según él, todos los gobiernos europeos tenían el deber de negar todo asilo á esos individuos y enviarlos al gobierno ruso como criminales ordinarios. Me ácuero particularmente del siguiente hecho:

El profesor Thun había dado una conferencia en el Círculo Liberal de Basilea delante de numeroso público sobre dos episodios del movimiento revolucionario ruso: el atentado contra el zar Alejandro II y el proceso de Tchigirin. Cuando habló de este último asunto, contó por qué medios Stefanowith, Bochanowski y *Deutsch* consiguieron escapar de la fortaleza de Kiew, y terminó diciendo «que estos malhechores vivían en el extranjero, sin que desgraciadamente hasta entonces se les hubiera castigado».

Tuve ocasión de hablar con él de este asunto, y saqué la impresión de que si el profesor Thun supiera mi verdadero nombre, no solamente rompería todas relaciones conmigo, sino que sería capaz de echarme mano al cuello. Esto me hizo abandonar su trato, y algún tiempo después dejé á Basilea.

Ahora, de golpe, me encontraba en la situación de un prisionero delante de este hombre, y él sabía quién era yo. Se pueden adivinar mis impresiones.

—¿Y cómo sabe usted mi nombre?—le pregunté temblando de emoción.

—Me lo dijo su amigo Karl Moor después que usted salió de Basilea.

—¿Y á pesar de eso me ofrece usted su ayuda?
—interrogué sorprendido.

—Sí; dígame usted en qué puedo servirle y haré cuanto sea posible.

Yo no creía á mis oídos; le miré á los ojos para ver si podía depositar en él una de esas confianzas instintivas que un hombre inspira á otro hombre, y que llega á ser ilimitada.

—Le agradeceré á usted—le dije—que si me es imposible salir de esta prisión por las vías legales y pruebo á escaparme, me preste su ayuda.

—¡Entendido!—respondió en tono sencillo, pero grave.

Así este profesor alemán, que en mi presencia había deplorado públicamente que yo no hubiese sido castigado con severidad, me ofrecía su concurso para evadirme de una prisión alemana.

En calidad de intérprete estaba en posesión de libros, cartas y otros documentos encontrados sobre mí. Tomó el carnet que le había sido confiado y me lo presentó aconsejándome destruir algunas páginas sobre las cuales escribí ciertas direcciones que podían comprometerme. Yo me conformé naturalmente con sus consejos.

Me propuso en seguida ir á Zurich para advertir á mi amigo Axelrod de todo lo que me había pasado, procurar que mi libertad se efectuase por las vías legales, y por último concertar con él los medios de evadirme en caso de que el gobierno alemán quisiera entregarme al gobierno ruso.

Estas promesas me las cumplió al pie de la letra el profesor Thun, y durante mi prisión en Friburgo me prestó mil afectuosos servicios, aun á riesgo de comprometerse.

Organizó entrevistas secretas en la catedral

de la ciudad con mis amigos, que habían acudido á socorrerme en caso de peligro; transmitía las cartas y los recados que podía cambiar con ellos. Como estaba continuamente conmigo, á causa de la confianza de las autoridades judiciales en un profesor de su renombre, me hacía llamar á su despacho de intérprete, donde podíamos hablar y hasta bromear algunos ratos.

En estas diferentes visitas me pude convencer cuán de corazón venía en mi ayuda. Hasta me ofreció su casa como refugio si llegaba á evadirme.

Algunas veces se reía de su papel.

—Ved por dónde—decía alegremente—yo, un profesor alemán en funciones y encargado de una misión pública, me he convertido en un conjurado ruso, y la pacífica ciudad del gran duque de Badén en el teatro de un complot.

Por sus conversaciones con el juez de instrucción, conocía con exactitud el estado de mi asunto y no me ocultaba nada para tenerme al corriente.

*
**

Desde mi primer interrogatorio, expuse así mi situación al juez:

He venido al extranjero en calidad de estudiante ruso; soy casado y tengo un hijo. Hasta ahora he habitado en Suiza y vengo á quedarme en Friburgo, donde mi mujer, actualmente en Zurich, vendrá á buscarme. Me sostengo, en parte, de mis trabajos literarios y, en parte, de mis recursos personales. En lo que toca á mis convicciones políticas, no he formado aún una opinión bien clara, pero durante mi estancia en Suiza he sido partidario de la democracia social, bajo la in-

fluencia de la literatura alemana, y he resuelto contribuir con todas mis fuerzas á la propagación de esas ideas en mi patria. Cuando me decidí, por diferentes motivos, á vivir en Alemania, traje conmigo libros que tratan de la democracia social, con objeto de venderlos á mis compatriotas. Estos escritos no están prohibidos en Alemania, el poseerlos no implica una infracción; no he cometido un crimen contra las leyes alemanas. Y ahora—dije para terminar—me veo preso sin motivo ninguno en esta libre ciudad alemana que se llama Friburgo. He sido detenido sin la menor formalidad judicial, expuesto á todas las negaciones y preso como un criminal de derecho común. Por si esto no es suficiente, en mi presencia la policía prendió sin el menor escrúpulo á una burguesa perteneciente al Estado alemán y la trató como á una ladrona, como á una criminal cualquiera. Yo me pregunto, en verdad: ¿Qué diferencia hay entre una nación constitucional como Alemania y la Rusia, sumida en un régimen absolutamente despótico? Nadie en Rusia podría ser maltratado así.

Estas palabras parecieron haber producido cierta impresión sobre el espíritu del juez; se paseaba muy agitado, dictando al escribiente mis declaraciones y varias respuestas; me atestiguó su simpatía y la reprobación enérgica para la actitud de la policía á propósito de mi arresto y del atropello de que fué objeto la señora.

En un momento exclamó:

—Esto es como en el *Otelo* de Shakespeare: «¡Ese pañuelo! ¡Ese pañuelo!»

Conocí que el hombre estaba á mi favor.

Más tarde el profesor Thun me aseguró también que el juez le había declarado que no encon-

traba nada en mi asunto, y que en su creencia era completamente inocente y esperaba devolverme pronto la libertad.

Empecé á creer que saldría de la prisión alemana por los medios legales. A pesar de eso, la duda persistía en mí, y á veces pensaba en emprender la fuga. En los primeros tiempos de mi arresto, una evasión no ofrecía la menor dificultad.

Cuando vacilaba entre la esperanza y mis planes de evasión, fuí conducido un día al locutorio y me sorprendí de no ver al profesor Thun, encontrándome frente á un hombre que me era completamente desconocido.

Me dijo su nombre, que desgraciadamente olvidé, y añadió que era abogado y mis amigos le habian encargado de mi defensa. Se recomendaba con su título de miembro de la democracia social alemana y de compañero, para pedirme que le hablara sin reticencias, porque mis amigos le habian contado todo lo relativo á mis antecedentes.

—¿Quiere usted hacer una tentativa de evasión? —me dijo con aire confidencial.

Y como le respondiera afirmativamente, añadió alto:

—Eso sería una equivocación imperdonable de su parte; acabo de examinar el expediente; su asunto me parece bueno, y no dudo que será usted puesto pronto en libertad. ¿Por qué ha de exponerse usted en una evasión desgraciada? Eso puede empeorar su situación. He hablado también con el juez instructor; estoy convencido de que no hay nada grave contra usted. Así que las investigaciones de su identidad en Suiza hayan dado un resultado favorable, será usted puesto en libertad.

—¿Pero y si se hacen esas mismas indagaciones en Rusia?—pregunté yo.

—Eso no me parece probable—respondió el jurista;—si fuera así, lo hubiera visto en el expediente. Nosotros no procedemos aquí como en Rusia; la instrucción no es un secreto, y, en calidad de abogado, la ley me reconoce derecho de tener conocimiento de todos los hechos concernientes á su asunto; se haría en el expediente mención de la inteligencia con las autoridades rusas, y no hay traza de nada de eso.

—Estamos de acuerdo—respondí yo;—pero á falta de autoridades judiciales, ¿tiene usted la certidumbre de que por las vías administrativas ó políticas, no se hacen indagaciones respecto á mí en Rusia.

—La administración y la política no se inmiscuyen en Alemania en las cuestiones judiciales. Ha sido usted preso porque alguien cree que está en relaciones con las personas susceptibles de ser castigadas por las leyes alemanas. Si usted es inocente, y el juez de instrucción no tiene de eso la menor duda, será puesto en libertad. Ahora sólo falta recibir las referencias que se han pedido á Suiza; puede usted estar tranquilo. En calidad de jurista alemán conozco bien la ley y el procedimiento. Los procedimientos rusos son absolutamente distintos de los nuestros.

Una voz interior me decía que no me fiara de la dulzura de las leyes germánicas, pero no tenía motivo para oponer ninguna objeción á lo expuesto por mi abogado, y las prácticas alemanas me eran completamente desconocidas. Por otra parte, una tentativa de evasión, aunque en el primer momento me parecía fácil, presentaba un riesgo serio; nadie podía garantizarme el éxito.

Estas consideraciones me decidieron, no á abandonar totalmente mis proyectos de fuga, sino á diferirlos hasta que tuviese la prueba de que los magistrados de Friburgo habían pedido informes sobre mí á las autoridades rusas. Me parecía que las diligencias de esta naturaleza no hubieran podido ocultarse.

Además, el profesor Thun se interesaba por mí, era un hombre notable y muy influyente, que estaba en las mejores relaciones con las autoridades del gran ducado de Badén. Yo sabría por él cuanto se concertase respecto á mi asunto.